

tres campañas nada se ha llevado á cabo. Podréis acumular gastos y esfuerzos, acumular todos los socorros que se compran ó se toman fiados, traficar, contratar con esos principillos de Alemania que venden y envían sus súbditos á morir por un príncipe extranjero; pero no podréis subyugar la América. ¡Cómo! ¡lanzar sobre los Americanos á estos mercenarios hijos del saqueo y del asesinato! ¡abandonarlos, y también sus propiedades á la rapacidad de este furor comprado! Si como soy Inglés fuese Americano, mientras un soldado extranjero tuviese un pié en mi país no depondría las armas. ¿Quién, quién para aumentar los desastres de la guerra os autorizó para asociar vuestras armas á las mazas y á las hachas de los salvajes?»

Habiendo respondido lord Suffoth: «Hemos podido sin vergüenza servirnos de los medios que Dios y la naturaleza han puesto en nuestras manos:» Pitt replicó: «¡Y debía yo oír eso en este país y en esta cámara! ¿Qué ideas tiene de Dios y de la naturaleza el noble lord? ¿Cómo se atreve á justificar con la ley de Dios la infamia de haber ocasionado la carnicería de los caníbales que desgarran, laceran y devoran á sus víctimas, beben su sangre y forman un trofeo con su cabellera? Yo apelo á los ministros de nuestra religión para vengarla de inculpacion tan sacrilega; invito á los obispos á que interpongan la santidad de su estola, á los jueces la pureza de su toga para defendernos de tanta profanacion, y á vosotros todos, oh lores, para que defendáis la dignidad de vuestros abuelos, de vuestro carácter y del de la nacion. Entre esos retratos veo el inmortal progenitor del noble lord á quien respondo, veo á lord Effingham, glorioso destructor de la armada, temblar de indignacion. En vano habria defendido la religion y la libertad de la Gran Bretaña contra la tiranía de Roma, si se introducen y consagran entre nosotros horrores mas feroces que los de la Inquisicion. Habéis lanzado caníbales sedientos de sangre, ¿y contra quién?... contra vuestros hermanos los protestantes. La España, que entre las filas de sus soldados hace marchar perros de guerra... no puede envanecerse de ocupar el primado en la barbarie, desde que nosotros desencadenamos otros mastines contra muchos compatriotas... Apresúrense los prelados á celebrar una ceremonia lustral para purgar á nuestro país de tanta contaminacion, de tan monstruoso delito. Noble lord, soy viejo y débil, y no puedo decir mas, pero esta noche no hubiera podido descansar mi cabeza sobre la almohada, si no hubiese exhalado mi indignacion.»

Lord North, que llevaba su flema hasta el punto de fingir que dormía durante las mas violentas filípicas, se conmovió y envió emisarios á la América para que á todo trance ajustasen una reconciliacion; pero ya era tarde. Los Americanos conocian cuán peligroso es fiar en el perdón de un señor irritado, y ademas,

habian gustado la independencia. Determinada, pues, la guerra, Keppel, gran capitán, aunque poco amigo de la corte, fué nombrado para hacerla por mar. El congreso, sacando fuerza del peligro mismo, concedió á Washington una autoridad dictatorial, levantó empréstitos, y haciéndose superior á los rencores nacionales, pensó en buscar la alianza de los Franceses. Franklin y Arturo Lee, enviados para negociarla, hallaron á Europa, y especialmente á Francia, en extremo admirada de las sencillas virtudes de un pueblo nuevo, pero celoso de sus derechos, y que con tropas levantadas de improviso oponia resistencia á los que hacian temblar á Europa. Los clásicos comparaban á los Americanos con los Fabios y los Curios; los filántropos veían en la declaracion de independencia un manifiesto contra los gobiernos, y en el triunfo de su causa la posibilidad de realizar algunas esperanzas: aquella guerra hacia palpitar todos los nobles corazones, guerra única que, entre las luchas políticas y dinásticas del siglo, correspondia á las ideas que entonces se desarrollaban. Por otra parte Franklin, ya ilustre por sus descubrimientos físicos, se atraía la admiracion general con la suma sencillez de sus maneras y traje; los filósofos, reguladores de la opinion y dispensadores de la gloria, lo contaban por suyo y popularizaban su fama, y él ocultando su destreza bajo el aspecto de sencilla honradez, se reía de sus exageraciones y las hacia redundar en provecho de su causa.

Francia deseaba lavar la deshonra de la guerra de Siete Años; los filósofos la estimulaban á hacerse iniciadora y sosten de principios generosos; á todos agradaba la humillacion de la potencia rival; pero el tesoro estaba exhausto, no era propio de un rey fomentar la rebelion, y al mismo tiempo Turgot mostraba la inconveniencia de auxiliar á las colonias, diciendo que Inglaterra para dominarlas tendria que agotar sus fuerzas, y que por otra parte no tardaria en llegar el tiempo en que las metrópolis se viesen obligadas á abandonar sus dominios remotos, y limitarse á las ventajas que pudiera reportarles el establecimiento de amistosas relaciones de comercio. Por tanto el gabinete de Versalles vacilaba entre estos dos extremos; declaraba excluidos de sus puertos los corsarios americanos y sus presas, pero los dejaba entrar; no reconocia solamente á los embajadores, pero en particular los admitia, y toleraba el envío de armas y víveres á América. Pero despues de la derrota de Burgoine, los enviados americanos exigieron de aquel gabinete una decision categórica, amenazándolo con que de otro modo entrarían en tratos con Inglaterra y se unirían á ella contra Francia. Á esta, pues, no le quedó mas alternativa que la de una guerra de gloria y otra de seguros perjuicios; pero en vez de reconocer abiertamente la independencia de los Americanos y con ellos declarar la guerra á la Gran Bretaña,

1778.  
6 de febrero.

encubrió el tratado de alianza á la sombra de un tratado de comercio. En él no se concedia, sin embargo, ninguna ventaja á Francia; por el contrario, esta anticipó 18.000.000 de francos sin interes hasta la paz, y garantizó un empréstito contratado en Holanda. Pero de todos modos lo nuevo é importante para toda Europa era que así se venia á legitimar el principio de insurreccion.

Ya algunos voluntarios habian pasado de Francia á América á las órdenes del jóven marques de La Fayette, que dejó las comodidades y una jóven esposa de familia ilustre y de gran virtud, por combatir contra aquellos derechos aristocráticos entre los cuales se habia educado. También unos cuantos Polacos fueron allá á verter su sangre por la libertad que habian perdido en su patria. Pero estos voluntarios y los de Irlanda y Alemania, llenos de ambicion y poco dispuestos á la subordinacion, costaban mucho y aprovechaban poco; de modo que al principio no gustó gran cosa la presentacion de La Fayette. Pero este escribió al congreso: «Mis sacrificios me dan derecho á dos gracias: la una la de servir á mis expensas, la otra la de empezar á servir como voluntario;» y aquella intrépida juventud hacia, no tanto con sus brazos cuanto con la opinion, que la causa de las colonias fuese aplaudida en Europa. Al fin Luis XVI envió manifiestamente tropas á las órdenes del conde de Estaing, el cual salió con una escuadra.

España se habia contenido en un principio únicamente por miedo de que el ejemplo se propagase á sus colonias; pero despues, pudiendo mas su deseo de venganza, entró en la contienda con aspecto de mediadora, y se presentó á la América á condicion de que la asegurase el dominio de las Floridas, renunciase á la pesca en Terranova, á la navegacion del Misisipi y á las tierras situadas á la orilla oriental de este rio. La primera condicion importaba poco, pero las otras fueron rechazadas, por lo cual España se negó á reconocer la independencia de América; venganza pueril y de ningun valor, porque al mismo tiempo declaró la guerra á la Gran Bretaña y envió su escuadra á unirse con la francesa mandada por Villiers. Las dos juntas constaban de sesenta y seis navios de línea, la mas formidable que habia amenazado á Inglaterra. Al mismo tiempo sesenta mil hombres estaban preparados en las costas de Bretaña y Normandía para efectuar una invasion, y las turbulencias de Irlanda hacian temer al gobierno inglés por la seguridad interior del país. Las enfermedades diezmaron la escuadra, y no se llevó á cabo ningun hecho digno de tantos preparativos. Los Ingleses, enconados porque los Franceses se habian unido con los rebeldes, desplegaron todo el patriotismo y toda la persistencia propia de la aristocracia, renunciaron á los partidos y ofrecieron dinero y buques. Alguno aventuró de nuevo en las cámaras la proposicion de reconocer la indepen-

dencia de las colonias; pero Pitt, que viviendo solo del odio contra la Francia queria verla humillada, y que se interesaba por la América solo porque la consideraba como inglesa, cesó de defenderla cuando le deslumbró la esperanza de una guerra con Francia. Extenüado por los años y por su propio ardor, se presentó por última vez en el parlamento sostenido por su hijo Guillermo: «Dichoso yo, dijo, pues mi tumba no se ha cerrado todavía sobre mí y puedo levantar la voz contra el desmembramiento de esta antigua monarquía; ¿quién se atreve á aconsejar tal sacrificio? ¿empañaríamos nosotros la gloria de la nacion con un vil abandono de sus derechos y de nuestros mas preciosos dominios? Un pueblo que hace diez y siete años era el terror del mundo, ¿descenderá ahora á tal envilecimiento que diga á su implacable enemigo: «¿Tómalo todo con tal que nos des la paz? Si es preciso elegir entre la paz y la guerra, y la paz no puede mantenerse con honor, ¿por qué no se empieza la guerra sin vacilar? No sé las fuerzas con que cuenta el reino, pero seguramente tiene las suficientes para defender sus justos derechos. Ademas, oh lores, cualquiera situacion es mejor que la desesperacion: hágase á lo ménos un esfuerzo y si es preciso caer, caigamos como hombres.» De esta manera hablaba con voz débil, y cuando el ministro le interpeló para que le declarase los medios de someter la América, Pitt se esforzó para responder, pero cayó con un accidente apoplético, de que murió poco tiempo despues.

La guerra fué solo en un principio por mar, sin extenderse al continente. Inglaterra no perdió ni un navío de línea en veinte batallas indecisas todos, si se exceptúa aquella en que Rodney (1782) entre las islas de Santo Domingo y los Santos apresó cinco navios de línea, entre ellos la capitana con el almirante Grasse. Entretanto España hacia una guerra muy viva; recuperó las Floridas, puso sitio á Gibraltar, y aunque Rodney se ilustró entrando provisiones en esta plaza y destruyendo parte de la marina española en el Cabo de San Vicente, España se rehizo sorprendiendo un convoy inglés que se dirigia á las Indias, cuyo valor se calcula en cuarenta y ocho millones. Menorca, refugio de los armadores ingleses, fué expugnada por el duque de Crillon (1781), teniendo que rendirse el fuerte de San Felipe, que se tenia por inexpugnable. Por este tiempo el general Elliot defendia intrépidamente á Gibraltar, donde se emplearon las baterías flotantes, invencion nueva y que se creían á prueba de fuego; pero hubiera tenido que rendirse, si el almirante Howe no hubiese venido á su socorro. Las potencias del Norte se declararon neutrales; pero la Holanda favorecia á los Franceses, por lo cual los Ingleses la declararon la guerra. Este arrojó produjo grande efecto en Inglaterra, donde se acogió con gozo la ocasion de arruinar el comercio de la rival á la cual devastaron sus posesiones

27 de abril.

11 de mayo

en las Antillas, en la Guyana, en el Malabar y en el Coromandel.

La alianza con Francia había reanimado el valor; Filadelfia fué libertada, pero eran grandes los padecimientos por los desastres que los Ingleses causaban en las posesiones valiéndose de los salvajes; las rentas estaban desordenadas, despretigiados los billetes de banco y con ellos había caído la buena fe; las magistraturas se hallaban en manos de quien no tenía mas mérito que la exageración; el congreso era impotente, como sucede en los gobiernos nuevos, y el ejército se veía obligado á vivir de rapiña. Además los Americanos, que no olvidaban su origen británico, habían vuelto á su antiguo odio contra los Franceses y por parecerles que no hacían lo que debían, eran continuas las disputas. Las sectas se habían enardecido, como sucede siempre que se despierta el entusiasmo; los realistas que vivían en la abundancia en las colonias meridionales, excepto en la Virginia, se regocijaban de los males de la patria y los castigos no hacían mas que exasperarlos. La llegada de refuerzos franceses puso de nuevo á Washington en estado de tomar la ofensiva y de castigar la traición, las disidencias y las conmociones, mientras que los Franceses hacían prósperas jornadas en las Antillas. Lord Cornwallis conquistó las dos Carolinas y penetró en la Virginia; pero Washington, La Fayette y Rochambeau le rodearon y obligaron á rendirse prisionero con todo su ejército.

Este golpe hundió al ministerio North; Inglaterra se manifestó cansada de una guerra en que las victorias eran pérdidas y los sacrificios ruina. Ya lord North había tratado de hacer la paz con Francia, el ministro Rockingham había querido ajustarla con Holanda y Francia y aun con los Estados Unidos, y por último el parlamento reconoció la independencia americana. Entonces se extendieron los preliminares de la paz en París, en los cuales los republicanos obtuvieron mas de lo que esperaban, porque Inglaterra, no pudiendo subyugar á las colonias, conoció que convenía ser con ellas mas pródiga de concesiones que lo que España y Francia deseaban. Reconoció por tanto los trece Estados Unidos como país libre y soberano, estipulando que cada Estado sería independiente, por lo cual el congreso no podía hacer mas que recomendar la restitución de los bienes confiscados á los Ingleses ó á los realistas: y en efecto, muchos se negaron á ello, por lo cual tuvo la Inglaterra que resarcirlos con dinero ó tierras en Nueva Escocia. Además se estipuló que fuesen libres para las dos naciones el Misisipi y a pesca de Terranova. Las fronteras señaladas comprendían territorios habitados por pueblos independientes y desconocidos de unos y otros, así que quedaron mal determinadas y muchas veces estuvieron para ser causa de una nueva guerra, no habiéndose concluido la cuestión sino con el tratado de 9 de agosto de 1842.

La Francia también entonces hubo de firmar

1781.  
19 de  
octu-  
bre.

Paz  
de  
París.  
3 de  
octu-  
bre.  
1789.

la paz, en la cual adquirió mayores derechos á la pesca de Terranova, la posesión ilimitada de las islas de San Pedro y Miquelon, y la conservación de Tabago, restituyendo la Granada y las Granadinas, San Vicente, la Dominica, San Cristóbal y Monserrat; recobró con aumento sus posesiones en la India, y en África el Senegal y la isla de Gorea, y se anulaban las restricciones impuestas al puerto de Dunkerque. En favor de España renunció Inglaterra á toda pretensión sobre Menorca y las dos Floridas, restituyéndole las islas de Bahama y Providencia, y dándole la facultad de cortar maderas tintóreas en la bahía de Honduras. La Holanda tuvo que resignarse á ceder á la Gran Bretaña Negapatam y la libre navegación de los mares de la India.

Los graves sacrificios á que tuvo que someterse Inglaterra derribaron al ministerio; pero el nuevo, llamado de la coalición porque reunía en sí los diversos partidos de la cámara, tuvo que consentir en la paz que se firmó entonces.

Sin aliados, con enemigos poderosos, con una guerra interior, con la división que se había introducido en los parlamentos, aun fué afortunada la Gran Bretaña en salir con honor de estas complicaciones. Las oscilaciones al principio, las atrocidades durante la guerra, la venganza tomada por consejera, habían quitado la esperanza de concluir bien una lucha que costó á los Ingleses tres millones de súbditos, un millón de millas cuadradas de territorio, cien mil soldados y un aumento de cien millones de libras esterlinas en la deuda nacional. Sin embargo, no perdió todo cuanto parecía que debía temerse, porque el comercio interrumpido se reanimó en breve con mas ardor, y se procuró sacar mayor ventaja de las tierras incultas y del ahorro de las inmensas sumas que desde la paz de Aquisgran le había costado el tener en estado de defensa las colonias. La Francia esperaba arruinar el comercio y el poder británicos, pero si consiguió hacer que Inglaterra reconociese la independencia de las colonias, ninguna ventaja sacó para sí, y dió un ejemplo que pronto fué imitado en su daño.

En el Canadá, los Franceses habían concedido al principio muchas tierras á nombre del rey en feudo ó franco alodio á los empleados civiles y militares, que á su vez las daban á otros con el mismo título por un cánón perpétuo. El gobernador tuvo allí autoridad absoluta hasta 1663, en que se estableció un tribunal que se regía por la jurisprudencia de París. Apenas le conquistaron los Ingleses, prometieron darle instituciones representativas como á sus demas colonias, reservándose la corona el derecho de nombrar tribunales de justicia para juzgar las causas civiles y criminales « conforme á la ley, á la equidad, y en cuanto fuera posible á las leyes inglesas. » Esto indicaba la intención de no contrariar de un golpe las costumbres francesas; pero como de todas maneras lo que se quería era introducir las inglesas, los del Canadá estaban disgustados. Rota la lucha con las

2 de  
setiem-  
bre.

demas colonias; era preciso no irritar á esta para que no se uniese con ellas, y con este motivo se confirmaron las leyes de París y la religión católica, introduciéndose además un jurado á la inglesa. Lord North hizo que se aprobase este bill (1774), no obstante que los whigs manifestaron que la nación se degradaba aceptando las leyes y la religión de otra. Se favoreció tanto la nacionalidad francesa, que se llegó hasta el punto de no conceder tierras á los colonos ingleses. Esto duró hasta 1795, en que habiendo cesado los peligros anteriores y necesitándose dar una salida al excedente de población y un asilo á los leales Anglo-Americanos y á los soldados de los disueltos ejércitos, el joven Pitt presentó otro bill por el cual el Alto Canadá quedaba sujeto á la legislación inglesa. Á los propietarios se les concedió el *Habeas corpus* y al gobierno se le reservó el derecho de dar las leyes de aduana, dejando sin embargo su aplicación á la legislatura provincial conforme á la declaración de 1778, por la cual se privó al parlamento británico del derecho de exigir contribuciones en provecho de la metrópoli. De este modo estuvo gobernado el Canadá hasta la revolución de 1840; y como en su mayor parte se hallaba compuesto de emigrados franceses, continuaron los lamentos, fomentándose el rencor entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Mientras en Europa se decidía la suerte de los Estados Unidos, estos se hallaban en gran fermentación y á Washington tocaba entonces experimentar las amarguras y contradicciones reservadas para todo aquel que sirve á la patria. Calmados los sediciosos y rechazados los enemigos, Washington renunció el generalato, no habiéndolo guiado la ambición, sino puro celo por la libertad y amor á la patria; y con aquel cansancio de los negocios públicos que acomete á todo el que ha tenido gran parte en sucesos republicanos, se retiró á su hacienda de Mount-vernion á gozar de una tranquilidad mas honrosa que el trono de Bonaparte. Washington no fué un héroe á la antigua, pero fué hombre de bien; penetrado de la idea de su deber, lo cumplió sin pretensiones; firme en su convicción, franco para obrar segun pensaba (1), ni lo arredraron los obstáculos ni desconfió jamás de la Providencia; mas fuerte que sus pasiones y que las ajenas, siguió invariablemente una conducta sencilla y moderada; modesto y paciente, no aspiró á gobernar á los hombres ni á darse en espectáculo á su admiración, considerando igual el trabajar en sus posesiones ó regir los desti-

(1) Escribía á La Fayette que durante la Revolución francesa se lamentaba de las retractaciones: « No hagáis gran caso de propósitos absurdos, dichos sin reflexión en el primer transporte de una esperanza perdida. Todo el que reflexione, conocerá las ventajas que debemos á la escuadra francesa y al celo de su comandante; pero en un gobierno libre no podéis comprimir la voz de la multitud, cada uno habla como piensa, ó por mejor decir, sin pensar, y por consecuencia juzga de los resultados sin remontarse á las causas. Es propio del hombre irritarse por todo lo que disipa una esperanza lisonjera ó un desigüo favorito, y es vicio muy comun condenar sin exámen. »

nos de América. Habiendo luchado nueve años para fundar la independencia de su país, luchó otros diez para constituir el gobierno, y nunca lo abandonaron la confianza en su causa, la probidad y el desinterés.

Combatido violentamente por el partido democrático, supo no manifestar resentimiento; solo á Jefferson, jefe de aquel, escribió: « Nunca hubiera imaginado que fuese, no diré probable, sino posible, que cuando he hecho los mayores esfuerzos para establecer una política nacional enteramente nuestra y para preservar al país de los horrores de la guerra, fuesen torturados todos los actos de mi administración, desfigurados de una manera grosera é insidiosa, y con términos tan exagerados é indecentes que apenas podrian aplicarse á un Neron, á un malhechor famoso, á un estafador vulgar. Pero basta; quizá he ido demasiado lejos en la expresión de mis sentimientos. »

El Irlandés Conway había sido ardentísimo enemigo de Washington, pero herido de muerte le escribía: « Pudiendo todavía llevar por algunos momentos la pluma, los aprovecho para manifestaros mi sincero dolor por haber hecho ó dicho cosa que haya podido ser desagradable á vuestra excelencia. Hallándome al fin de mi carrera, la justicia y la verdad me obligan á declarar mis últimos sentimientos. Á mis ojos sois un grande hombre, un hombre excelente. Dios quiera que gocéis por mucho tiempo del amor, de la estimación, de la veneración de estos Estados, cuya libertad habéis sostenido con vuestras virtudes. »

Pero América había salido de las guerras, debilitada, sin dinero, industria ni concordia. El pueblo y los exaltados, que siempre exageran las esperanzas, viéndolas despues desvanecidas, estaban ya descontentos; esperábase y aun se deseaba que el débil gobierno cayese por sí mismo y se volviera al yugo inglés, bien así como los Hebreos echaban de ménos las cebo-llas de Egipto. La virtud vino en socorro de América. Los oficiales, habituados á considerarse como hermanos bajo la autoridad de un padre, pesarosos de separarse y de dejar expuesta la patria á las tramas de los realistas, formaron la sociedad de los *Quinientos*, bajo la dirección del general Knos, para socorrerse en sus mutuas necesidades: el riesgo de que con esta sociedad se constituyese un orden hereditario que llegase á ser peligroso para el Estado, se evitó con dedicarla tan solo á la beneficencia. Para extinguir la deuda, se propuso un impuesto de cinco por ciento sobre la importación, pero no habiendo sido aceptado, el crédito llevó un golpe tremendo. Además cada país hacía leyes de comercio segun sus intereses particulares: la exportación no estaba ya protegida por la bandera inglesa, al mismo tiempo que era preciso ir á buscar á Inglaterra cierta clase de manufacturas. Consecuencia de este estado de cosas fueron muchas insurrecciones parciales, de las cuales tomó ocasión la Gran Bretaña,